

como una ciencia completa, y como el único organismo científico de filosofía cristiana, sino suplicaros que, pegada vuestra frente al polvo, os humilléis ante el genio portentoso de Santo Tomás de Aquino, bendigáis á Dios en sus obras, y exclaméis poseídos de profundo reconocimiento: «Bene scripsisti de me, Thoma.» Si lo hacéis, podréis también decir al Señor, imitando á Ricardo de San Victor: «Domine, si error est quod amplectimur, a te decepti sumus.» por que en el aluvión de errores que amenazan sumergirnos, abrazáis la filosofía aprobada por el Redentor pendiente de la Cruz y repetidas veces recomendada por la Santa Iglesia de Dios.

FR. RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL, O. P.
Obispo de Oviedo

Nota: Son dignos de leerse los concienzudos artículos que bajo el epígrafe de «Santo Tomás de Aquino como filósofo», publicó en 1898, la revista «*El Santísimo Rosario*».

ARTÍCULO VII

DEL RESTABLECIMIENTO DE LA FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA,
SEGÚN EL ACADÉMICO D. MIGUEL MIR.

La filosofía, ciencia *entre las naturales* no menos eficaz que suprema, y que, desde que se apartó del camino franqueado por los escolásticos, se fué precipitando de error en error hasta caer inevitablemente en el abismo de escepticismo, reconocidos sus pasados extravíos, va entrando de nuevo en la senda de donde se había en mala hora desviado. «Toda la atmósfera filosófica de nuestros días, escribía Prisco, anuncia un próximo regreso á la Filosofía escolástica, y nadie sino los ignorantes deja de respirar esta atmósfera.»

Esta felicísima reacción, lejos de parecer extraña é inefrible, examinándola de cerca é íntimamente, se manifiesta evidente, obvia y natural á cualquiera que, teniendo

en cuenta lo que es la Filosofía escolástica, considere por un lado el *estado actual* de las ciencias, y por otro la constancia, el acierto, y sobre todo, los importantísimos resultados obtenidos por los filósofos más esclarecidos de nuestra edad, que han con entusiasmo acometido la empresa de restaurarla.

I

El conocimiento de las razones últimas de las cosas, adquirido por principios evidentes y aseguibles *naturali modo* al humano entendimiento, constituye la esencia de la filosofía. La cual, pudiendo considerarse á los seres en el orden de la realidad, en el de la idealidad ó conocimiento, y en el de la moralidad, es clarísimo que no llegará jamás á la meta de la ciencia verdadera de ninguna cosa, sino conoce exactamente el último y absoluto fundamento de aquel triple orden de causalidad, que en todos los seres se descubre causa de la existencia, cómo vino á la existencia y modo de conservarse esta existencia.

Esta razón suprema, fundamental, y que contiene en sí por eminente manera todas las demás causas de las cosas, es *Dios, Creador y Conservador* de todo lo existente, luz de todo entendimiento y fin último de toda operación. Y como acerca de su soberana naturaleza no llegaron los filósofos gentiles á tener noticia cierta y exenta de error, de ahí resultó que, aunque nos dejaron en sus escritos principios de la más alta sabiduría, no lograron constituir un cuerpo completo de doctrina, ni dar alcance á la ciencia de las causas últimas de las cosas. Mas así que resplandeció en la humana inteligencia la *luz divina* de la *Revelación*, un nuevo mundo de grandes ideas se descubrió á su vista que, al par que nos dirigía, nos enriquecía é ilustra con sublimes y no imaginadas verdades.

Apoyándose en estos principios los ingenios maravillosos de los Santos Padres, se entregaron al estudio de las

verdades más escondidas de la filosofía, cristianizaron la ciencia y la hicieron servir á la defensa de la verdadera Religión.

Desgraciadamente estos gérmenes de adelantamientos filosóficos, que cultivados por el ingenio del hombre y al calor de la Religión prometían frutos riquísimos de sabiduría, fueron destruidos por los bárbaros invasores del Imperio cuando, el desparramarse por Europa en el siglo V, asolaron todos los monumentos del saber, con tanto trabajo y por espacio de tantos años levantados. Después de tan inmensa ruina, todo parecía perdido irremediablemente: pero la Iglesia, cuya vida es inmortal, fué uno á uno recogiendo los restos de las ciencias, que yacían por donde quiera esparcidos, les infundió su aliento divino, y muy pronto el que era ya yerto cadáver, comenzó á reanimarse y dar muestras de la vida sobrenatural, que había recibido. Entonces, á la sombra de las góticas catedrales, expresión la más pura y grandiosa del arte cristiano, se fundaron las célebres escuelas, de donde había de salir con el tiempo la *Filosofía escolástica*, fruto y representación la más propia, la más bella y vigorosa de la ciencia verdaderamente cristiana, supuesto que era el resultado inmediato del desenvolvimiento de la Razon bajo la influencia de la Fe.

De esta manera fué naciendo y tomando fuerzas la nueva Filosofía, hasta que á principios del siglo XIII estuvo á punto de ser falsificada por una secta de sofistas que, favorecida por el pérfido emperador *Federico II* y por su bastardo *Manfredo*, imbuídos en la impiedad de las doctrinas mahometanas, trataba de apoderarse de la enseñanza universal. La *Filosofía arábiga*, liga monstruosa de las doctrinas aristotélicas, de las de los neoplatónicos alexandrinios, y de los errores introducidos en las versiones de Aristóteles por los nestorianos de la *Siria* y *Caldea*, iba enseñoreándose de los espíritus; y el racionalismo con todas sus consecuencias, el desprecio de la Religión y la

corrupción de costumbres más desenfadada, cundían desapoderadamente en todos los que se arrogaban el título fastuoso de *filósofos*. Mas la Divina Providencia, que nunca descuida el orden moral como ni el físico del Universo, al propio tiempo que permitía la enfermedad, propinaba oportunamente el remedio. A través de aquel turbión de ideas lanzó al mundo un hombre extraordinario que, levantándose á inmensa altura sobre los demás, dominó con el ascendiente de su genio el movimiento racionalista que empezaba á manifestarse, señaló los escollos donde se iba á estrellar la sociedad europea, y redujo á la senda cristiana los entendimientos extraviados de muchos de sus contemporáneos. «*Porque alcanzando una superioridad indisputable, (dice Balmes) hizo prevalecer por todas partes su método y doctrina, y se constituyó centro de un gran sistema, alrededor del cual se vieron precisados á girar todos los escritores de su tiempo, reprimiendo de esta manera un sinnúmero de calamidades que de otra suerte hubieran sido poco menos que inevitables; halló las escuelas en la más completa anarquía, y él estableció la dictadura, dictadura sublime de que fué investido por su entendimiento de ángel, embellecido y realzado por su santidad eminente.*» Este fué el designio de la Providencia Divina al enviar al mundo á Santo Tomás de Aquino, ingenio portentoso, cuya gloria durará mientras dure la memoria de los hombres. A él se debe la decisiva organización de la Filosofía Cristiana; porque juntando todo lo que los filósofos paganos habían descubierto en el orden natural, con lo más brillante y profundo que discursó la sabiduría de los Santos Padres en el orden de las verdades naturales y sobrenaturales, formó un *cuerpo de doctrina* admirable por su unidad, por la solidez de los principios, por la claridad y precisión de las fórmulas y por la universalidad de las aplicaciones. Así vino á ser la Filosofía escolástica un raudal majestuoso, donde se reunían y mezclaban las aguas de la sabiduría que hasta entonces habían corrido derramadas por todos los siglos y por los

pueblos más florecientes de la tierra. Esta Filosofía majestuosa, profunda, universal y realmente *eclectica*, fué por espacio de muchos siglos baluarte firmísimo de la fe: fué la que dió temple á los ingenios más vigorosos de que se gloria el linaje humano, y en fin, el castillo roquero levantado por el brazo de Dios para la defensa de los fueros de la razón, y *del cual*, valiéndonos de una expresión de la Sagrada Escritura, podemos decir que *cuelga todo el armis de los fuertes*. A su glorioso restablecimiento han dedicado grandes esfuerzos los filósofos más aventajados de nuestros días, y sus resultados han sido tan satisfactorios, que inclinan el ánimo á esperar que dentro de poco ocupará la Filosofía escolástica el lugar preeminente, que le corresponde en el estudio y clasificación categórica de las ciencias.

Para entender la causa de tan extraordinaria restauración, basta echar una ojeada al estado actual de las ciencias en sus relaciones con la Filosofía.

No hay duda sino que en los últimos tiempos se han ensanchado inmensamente el círculo de hechos y verdades, que comprende cada una de las ciencias particulares; pero también es cierto que ese número infinito de conocimientos y sus divisiones y subdivisiones interminables exigen que á un análisis tan dilatado siga la síntesis creadora de la unidad y del *esplendor del orden*.

Mas como dicha unidad no puede á las ciencias venir de las ciencias mismas, á la manera que, el principio vital que informa al viviente no puede resultar de la muchedumbre de átomos que lo constituyen, necesario es que dimanen de otra ciencia superior, que las ordene y reduzca á principios comunes. Y, en efecto, si bien se mira, se ve que en todas las ciencias se viene á parar definitivamente á ciertas verdades, las cuales, pasando los límites propios de cada una de ellas, trascienden á una esfera más elevada, en donde se entrelazan y adonde convergen como los rayos del sol que bañan la tierra y los demás planetas.

Esta esfera, este centro común de los principios de las ciencias subalternas es la Filosofía, ciencia suprema que, estudiando las razones más íntimas y secretas de los seres, eslabona entre sí y completa los conocimientos de todas las ciencias inferiores. En esta región superior se verifica la síntesis de los conocimientos humanos, y en ella la ciencia viene á ser una, participando de la misma perfectísima unidad de la naturaleza que reproduce en el orden inteligible.

Ahora bien: ¿qué sistema de Filosofía puede llevar á efecto este organismo y unidad científica sino el sistema escolástico? Porque, si consideramos este sistema en sí mismo, vemos que abraza en un conjunto á maravilla armonioso, todas las ciencias parciales, á cuyo frente coloca como soberana y reguladora la Ontología: la cual, examinando la razón universalísima del *ser*, suministra á las ciencias inferiores las ideas primarias y fundamentales de que ha de servirse cada una para el estudio de su objeto peculiar. Reconociendo que el entendimiento humano tiene que ser unisono con el divino (que es decir que el conocimiento que alcanza de las cosas en tanto es verdadero en cuanto es conforme al que tiene Dios de las mismas), la Filosofía escolástica se ajusta puntualmente á las verdades que el mismo Dios se ha dignado revelarnos, y se sirve de la lumbrera divina de la Fe para mayor esclarecimiento de los principios naturales. Y alumbrada por esta luz, y juntando y manteniendo perfectamente asidas todas las ciencias subalternas, las hace marchar á manera de bien ordenado escuadrón á la conquista de nuevas y ulteriores verdades. Tal nos la presenta la historia, y sólo las obras de Alberto Magno ó las del esclarecido mallorquín Raimundo Lulio, bastarían á demostrar que, cuando esta Filosofía era cultivada en las escuelas, se llegaba realmente á recorrer toda la circunferencia de conocimientos, que se poseían en aquel tiempo, reduciéndolos á unidad sintética.

¿Hase logrado ésta por ventura desde que, dando de mano á la Filosofía escolástica, se adoptaron los sistemas modernos? ¿Cuáles han sido los resultados de la filosofía de la duda, introducida por Descartes, del idealismo de Kant, del empirismo de Reid, del eclecticismo de Cousin, y de tantas otras teorías con que prometía iba á realizarse la unidad absoluta, transcendental, de la ciencia? Por lo pronto, nadie puede negar que el espíritu que informa toda esa muchedumbre de sistemas es la *independencia individual*, la cual así como en religión pervirtió é hizo imposible la ciencia del orden sobrenatural, así en filosofía ha dado al través con toda la ciencia del orden natural. «Así como, según los principios de Lutero, (dice el tristemente famoso Proudhón) es imposible religión alguna, ni más ni menos, después que Bacón hubo reivindicado para cada cual la libertad de pensar y deducir lo que le pareciese de sus observaciones, ¿qué fué lo que sucedió? Algunos creyeron que se iba á construir de planta una nueva filosofía. ¡Error! Nada podía quedar en pie más que la crítica, es á saber, la facultad de fabricar sistemas hasta lo infinito: lo cual tanto monta como la nulidad de los sistemas. Según el *Novum organum*, no hay ni puede haber doctrina alguna filosófica.» Erigido en única norma de verdad un criterio puramente subjetivo, personal é independiente, y constituida la razón individual en juez soberano de lo verdadero y de lo falso, era natural que rompiese la Filosofía la cadena tradicional, que había conservado trabados y unidos entre sí los adelantos filosóficos de las pasadas edades. Echáronse al olvido teorías admirables, que presuponian un trabajo intelectual sobre toda ponderación: so pretexto de un psicologismo exagerado, se desatendieron partes nobilísimas de la Filosofía, y la superficialidad y el empirismo vinieron á reemplazar la profundidad con que trataban todo linaje de cuestiones los colosales entendimientos de los escolásticos. Como los flamantes reformadores de la Filosofía contasen como el más glorioso de

sus timbres el haber no sólo menospreciado, pero aun puesto en ridículo el estudio de la Metafísica, todas las ciencias inferiores se resintieron naturalmente del decaimiento de las que las presidía á todas como reina y moderadora. «Así fué que desde entonces (dice un eminente metafísico) comenzó á haber matemáticos que no sabían lo que era cantidad; físicos que desconocían la naturaleza del cuerpo, fisiólogos que ignoraban en qué consistía la vida, mecánicos incapaces de definir el movimiento, moralistas ignorantes de la naturaleza del bien; estéticos que de todo entendían y hablaban menos de la esencia de lo bello». En una palabra la ciencia se vió convertida en una nueva Babel, con la diferencia (dice donosamente y en un caso análogo D. Jaime Balmes) de que, «en la antigua el orgullo acarreó el castigo de la confusión, y en ésta la misma confusión aumentaba el orgullo.» Y cuando esta bachillería, por la lógica irresistible de las cosas, descendiendo de la esfera de las ideas se extendió por el orden moral, ¿qué fué lo que aconteció? Pues, para compendiar en pocas palabras lo que no puede llorarse con bastantes lágrimas, el resultado práctico de la moderna Filosofía ha sido, según el citado Proudhón, el haberse llegado á asentar como principio, «en religión el ateísmo, en política la anarquía, en administración el robo», abriendo con esto camino á la confusión extrema de ideas, al atolondramiento y locos devaneos de la muchedumbre ignorante del pueblo que amenazan hundir al mundo en la sima espantosa del socialismo.

A dicha, los hombres verdaderamente sabios han visto la esterilidad para todo lo bueno á que estaba condenada esa miserable filosofía, y al través de las tinieblas esparcidas por el error, vuelven los ojos á la doctrina escolástica, paso luminoso que en medio de las tempestades que agitan al mundo muestra á la ciencia seguro derrotero.

Por otra parte, como el error no necesita de quien le destruya, porque lleva en sí mismo el germen de su ani-

quilamiento, los sistemas modernos se han ido deshaciendo y desacreditando, hasta tal punto que hoy día nadie forma empeño en defenderlos. Del trascendentalismo alemán, del psicologismo francés y del ontologismo italiano (sin contar otras teorías que murieron apenas nacidas) ¿qué ha quedado? ¿qué rastro se conserva ya de los aplausos estrepitosos con que fueron recibidas las nuevas doctrinas? A los aplausos pronto siguió la discusión y á su clarísima luz se desvanecieron aquellos castillos en el aire formados por la fantasía, no dejando tras sí más que el triste el amarguisimo desengaño. Así es que entre el infinito número de libros, con que diariamente se enriquecen todos los ramos del saber, forma un contraste singular la escasez y poca importancia de las obras, en que se sustentan las modernas doctrinas filosóficas.

Entre tanto la filosofía escolástica inspira obras que por su extensión y profundidad no parecen redactadas en nuestro siglo superficial; sale aguerreda á la defensa de todos los derechos de la persona humana, hollados por la impiedad y la ignorancia, y vigorosa en su juventud inmortal, se asienta triunfante sobre las ruinas amontonadas por la moderna filosofía.

II

Hace cuatro lustros, el triunfo de los principios escolásticos en la región de la Filosofía se hubiera tenido por un sueño de todo punto irrealizable; mas hoy día, lo que parecía quimérico é imposible, es incontestable verdad.

De Roma, centro moral del mundo y de donde parte todo lo realmente grande, salió la voz de la reacción hacia las doctrinas escolásticas, que resonando por todo el ámbito de la tierra, fué correspondida por el grito unánime de todos los verdaderos Filósofos. *La Civiltà cattolica*, revista que por orden expresa de Pio IX comenzó á publicarse hacia los años de 1850, insistió, desde los prime-

ros días de su fundación, en que no podía esperarse adelantamiento alguno en Filosofía, á no retroceder á las antiguas teorías de los Escolásticos. Lo que los sabios redactores de la revista romana proclamaron con la voz, fueron los primeros en realizar con su ejemplo; y en los treinta y cinco años últimamente transcurridos, la bandera de la reacción escolástica tan valerosamente enarbolada por la *Civiltà*, no ha dejado de ser emblema de nuevos triunfos. Los Padres Luis Tapparelli D' Azeglio, autor inmortal del *Ensayo teórico del Derecho natural*, donde se hace una magnífica aplicación de los principios de la Antropología Escolástica á las cuestiones del Derecho; José Calvetti, joven de ingenio precocísimo, en quien la muerte cortó en flor grandísimas esperanzas; Mateo Liberatore, autor de universal y merecido renombre por sus varios cursos filosóficos, y otros escritores no menos ilustres, todos de la Compañía de Jesús, publicaron en aquel periódico trabajos bellísimos sobre los puntos más arduos de la Filosofía. No es posible enumerar ni siquiera los títulos de estos tratados, que forman por sí sólo una vasta enciclopedia de ciencias filosóficas morales y políticas.

Italia fué la primera en entrar en la senda que se le señalaba. Las ciencias nacionales fueron estudiadas con ardor infatigable por los ingenios más gallardos de aquel país, tales como el conde Avogrado della Motta, el Canónigo Andisio, los Profesores di Giorgi y Brentazzulli, Solimani y Tongiorgi, y otros muchísimos. Pero el que más se señaló entre todos por la claridad y agudeza de su ingenio, y por el mérito aventajado de sus escritos, fué el canónigo napolitano Cayetano San Severino. Conocido hacia largo tiempo por sus dos obras el *Criterio* y el *Scepticismo*, y por otras publicadas en la revista *La Scienza é la Fede* que él mismo dirigió, hechó el sello á su reputación imperecedera con una obra, cuyo solo título revela toda la extensión de su plan. Titúlase *Philosophia christiana cum antiqua et nova comparata*. No se cifra su intento á

tratar tal ó cual parte de la Filosofía cristiana, sino que la abraza toda entera en sí misma, tal como fué formulada por los Santos Padres, y ampliada y ordenada por los Escolásticos más insignes, como Alberto Magno, San Buenaventura, Enrique de Gante y demás Maestros de la ciencia cristiana, á cuyo frente figura su más claro y sublime expositor, el nunca bastante admirado Sto. Tomás de Aquino. Fijos los ojos en estas grandes lumbreras de la sabiduría cristiana, el ilustre San Severino va desenvolviendo, y como desmenuzando y considerando en particular, todas las cuestiones que se propone la Filosofía, y á la luz de su ingenio maravilloso y de la tradición escolástica las va resolviendo con admirable claridad. Seis volúmenes están publicados de su obra gigantesca, de la que formarán tal vez la cuarta ó quinta parte, y en ellos se ve y toca con la mano la inmensa ventaja que lleva la Filosofía cristiana á todas las teorías anticristianas antiguas y modernas. Desgraciadísimo, cuando el gran Filósofo Napolitano iba elaborando con tanta felicidad su obra grandiosa, el cólera le arrebató de entre los vivos, privando á la ciencia de una obra que sin duda había acelerado, ó tal vez definitivamente asegurado el triunfo de la Filosofía católica. Pero la fama de su nombre vivirá perdurablemente en sus escritos y escuela, pues ha tenido la dicha de dejar discípulos de clarísimo ingenio, antes colaboradores suyos, hoy títulos de su gloria, y que en adelante continuarán quizá y darán gloriosa cima á la empresa de su sabio Maestro. Estos son Nuncio Signorelli y José Prisco, autores de sendos ensos de Filosofía, uno de los cuales ha sido elegantemente traducido á nuestro romance.

El movimiento filosófico-escolástico de Italia bien pronto hubo de trasponer los Alpes y comunicarse á lo restante de Europa.

En Francia, fuera de los trabajos de pura erudición sobre la Filosofía escolástica, se dieron á la estampa obras

elementales escritas por Boylesve, Grande-Claude, Roset Braudseraet y otros, y destinadas á restaurarla en las escuelas; y las teorías escolásticas, merced al favor que encontraban, fueron trascendiendo hasta en libros, donde si se hubieran presentado doce años antes, no se hubieran librado de la burla de los que, tal vez por antifrasis, se apellidaban hombres científicos. Tal es, por no citar más que un nombre, el gran tratado de Fisiología general escrita por Mr. Fredault, donde con los principios escolásticos sobre la composición sustancial del hombre se resuelven las cuestiones más delicadas de la Fisiología.

En Inglaterra, donde nunca han estado muy en boga los estudios metafísicos, ha penetrado también la restauración escolástica por medio de los escritos de Ward, Baipna, y el reciente Ensayo del Doctor Newman, que á su espontaneidad y pureza de estilo (que por confesión de amigos y adversarios colocan á su autor al frente de todos los escritores de la Gran Bretaña) junta la profundidad y exactitud filosófica, propias de un pensador de primer orden.

Más. La Alemania, patria de los Filósofos Transcendentalistas, cuyos escritos han alzado sobre toda la Europa tan siniestros resplandores, ha sentido también y fomentado poderosamente el movimiento reaccionario al Escolasticismo. El Doctor Clemens, Profesor de la Universidad de Munster, en una famosa disertación que dió á luz en 1854, hizo algunas tentativas para restablecer en su patria esa Filosofía; otros escritores alemanes le ayudaron á la empresa; entre ellos el P. Yungman, algunos de cuyos escritos se han publicado en la *Ciudad de Dios*. Pero la gloria de llevarla á cabo con un éxito felicísimo ha cabido al P. José Kleintgen, de la Compañía de Jesús, harto conocido por sus doctos escritos en Teología, Filosofía y Literatura. La aparición de su obra en cuatro tomos intitulada *La Filosofía antigua defendida*, 1860-1863) fué un acontecimiento que resonó en toda la Alemania. Aun ape-

mas se había concluido la impresión del último tomo, ya se estaba preparando otra edición.

Los juicios críticos sobre esta obra redactados por los sabios más renombrados de aquel país y estampados en las revistas más acreditadas, no acaban de admirarla y celebrarla. Quienes la califican de obra maestra, quienes afirmaban que su publicación formaría época en los anales de la Filosofía; y aún algunos, llevados del entusiasmo, no dudaron en aseverar que en solidez de doctrina, brillantez de estilo y claridad de exposición, Alemania, de muchos atrás, nada había visto que se le pudiese igualar. Finalmente para que nada faltase á la extraordinaria aceptación de este libro, un Príncipe de la Iglesia, uno de los miembros más ilustres del Sacro Colegio, el difunto Cardenal Reischach, no se desdénó de tomar parte en la versión italiana de la otra del sabio P. Kleugent, de la cual hace poco se ha impreso otra traducción en lengua francesa. De esta manera la filosofía alemana resarce con ventajas los daños causados por los cuatro patriarcas del Racionalismo contemporáneo, Kant, Fichte, Schelling y Hegel, de cuyas cabezas brotaron tantas semillas que, esparcidas por el suelo de Europa, lo han cubierto de ruinas y revoluciones á cual más detestables.

Queda para lo último hablar de nuestra patria, no porque haya sido la postrera en favorecer el movimiento filosófico-escolástico que se muestra en toda la Europa, sino porque esta reacción ha tenido entre nosotros menos razón para existir. España, cuyos moradores se han señalado siempre por su claridad de entendimiento, y por su ingenio grande y poco amigo de novedades, así que conoció la verdadera Filosofía, la Filosofía escolástica, le abrió las puertas de sus Universidades, la estudió con afán; y cuando, gobernada por el gran Felipe, caminaba á la cumbre de su grandeza, la sublimó en alas de los ingenios españoles, que eran entonces la flor del mundo, á su gra-

do más alto de esplendor. ¿Dónde adquirió el escolasticismo mayor influencia y señorío? ¿Qué nación puede presentar al mundo mayor número de filósofos escolásticos? ¿Dónde existieron jamás metafísicos de mayor valía que Suárez, Soto, Vázquez, Arriaga, Hurtado, Aguirre, Losada y otros cuyos nombres sería infinito enumerar? ¿Dónde florecieron escritores más profundos que Granada, La Puente, Malón de Chaide, Mariana, Fonseca, Márquez, Estella y otros innumerables, en cuyas obras resplandece la más pura filosofía? ¿Cuál es el carácter peculiar de nuestra literatura, fuera de su maravillosa incomparable dignidad, sino ese espíritu filosófico-escolástico que la informa? De escolasticismo se resienten nuestros libros de caballerías, nuestras historias, nuestra poesía épica y lírica, y hasta nuestros romances; el escolasticismo *rebosa* en toda nuestra literatura dramática, en especial en los autos sacramentales, en los dramas sagrados, y en las comedias del gran Calderón de la Barca, las más sublimes y filosóficas, que posee nación alguna; el escolasticismo, finalmente, penetrando la misma esencia del pueblo español y modificando profundamente su vida social, ha influido en nuestras costumbres, en nuestra lengua bellísima y majestuosa, y sobre todo en nuestro gran carácter nacional, señalado entre todos los pueblos de Europa por su constancia y entereza inquebrantables. ¿Qué extraño, pues, que la Filosofía escolástica se arraigara de tal manera en nuestro suelo que ni los sistemas modernos recibidos con vocinglero entusiasmo en las naciones comarcanas, ni el huracán de la Revolución, que tantos desastres ha causado en España, hayan sido poderosos á arrancarla? ¿Qué extraño que, á pesar del marasmo intelectual que en punto á ciencias racionales ha reinado en los últimos tiempos y reina todavía entre nosotros, esta Filosofía haya inspirado á los ingenios más grandes de la España moderna las obras más profundamente filosóficas de que se gloria nuestra edad? La Filosofía fundamental del inmortal don

Jaime Balmes, esto es, el monumento más grandioso, levantando á las ciencias filosóficas en los tiempos modernos, despojada de las galas con que la adornó el talento prodigioso de su autor, ¿que es sino pura Filosofía escolástica, derivada de los clarísimos raudales de la *Summa Teológica* de Sto. Tomás? y el mismo «Ensayo sobre el Socialismo» del ilustre Donoso Cortés, ¿qué es sino una aplicación de esa misma Filosofía á los problemas más elevados de la ciencia social? En estas obras, sin embargo, se presenta todavía el escolasticismo tímidamente encubierto con el vistoso ropaje de las formas modernas; no así en otra obra magnífica titulada «Estudios sobre la Filosofía de Sto. Tomás», donde campea libre y desembarazado con toda la gallardía de sus profundas teorías y con toda la severidad de su lógica inflexible. En ella su autor, el P. Fr. Ceferino González, del Sdo. Orden de Predicadores, después de hacer una apología elocuente de la Filosofía escolástica, la expone con admirable claridad, y con tal acierto y precisión que le colocan al par de los Filósofos más renombrados de nuestros días. Recientemente ha publicado el P. González un curso de Filosofía, y en él y en las obras elementales de los PP. José Fernández Cuevas, jesuita, y Joaquín Alvarez, agustino, y en los preciosísimos escritos de D. Juan Manuel Orti y Lara, tiene la juventud española guías seguros que le muestren y allanen una senda de sanos estudios filosóficos. Zigliara y Lottini, ambos dominicos, brillan por su método y profundidad, y Urráburu por su erudición; y el dominico Del Prado es uno de los mejores teólogos del mundo.

Es cierto que, por una fatalidad inexplicable, si la revolución no fuera capaz de intentar y aún facilitar imposibles, hay algunos que sueñan en aclimatar en España la planta mortífera de la Filosofía alemana, filosofía, que dicho sea de paso, está de todo en todo olvidada en la misma tierra que le dió el ser. Pero la claridad de los ingenios españoles, la penetración y rectitud de su juicio son pren-

das inequívocas de que esos sistemas confusos y enmarañados no arraigarán en la nación que ha dado al mundo los filósofos escolásticos más eminentes de los tiempos modernos.

Á las obras de nuestros grandes filósofos hemos de ir á beber la verdadera sabiduría, y no en esos sistemas extranjeros, que cuatro desalmados sofistas, olvidados de lo que deben al ser españoles, se han empeñado en traernos de Alemania.

De esta manera, siguiendo las huellas de nuestros mayores, y estudiando las obras profundísimas que nos dejaron, podemos contribuir á que el sol de la Filosofía escolástica, desvanecidas las nubes que le entibian, vuelva á brillar en nuestra Patria con nuevo y más vivo esplendor.

Por lo demás, el triunfo del escolasticismo en la enseñanza de la Filosofía, es seguro é inevitable. La verdad intrínseca de sus principios, su universalidad reducida á maravillosa unidad, y los grandes trabajos de los filósofos más insignes de nuestros días, engendran en el ánimo el firmísimo convencimiento de que volverá á florecer aún con mayor pompa, riqueza y gallardía de la que tuvo antiguamente, á la manera que las plantas, pasado el rigor del invierno, crecen con más pujanza y lozanía al volver de la primavera.

N. B.—El célebre P. dominico De Groot (vol. II de su *Summa Apologetica*), prueba que la Filosofía de Santo Tomás se ha de preferir á cualquiera otra de los antiguos ó modernos doctores. Véase el art. 3.º, pág. 317, del tomo 2 de Groot, y allí se observará que es justa y necesaria esta preferencia, «respectu utilitatis aliorum, qui de rebus philosophicis scripserunt; respectu scientiarum naturalium, et respectu fidei.» Fúndase esta preferencia «in suffragio Ecclesiae, in indole philosophiae Thomisticae, quae est universalissima, profundissima, tutissima.» (Cfr. Groot, *Summa Apologetica*, vol. II, art. III, pág. 319, Ratisbonae, 1890).

PÍO X Y SANTO TOMÁS DE AQUINO

El Santo Padre, Pío X, en el Breve Apostólico de 23 de Enero de 1904 llamó á Santo Tomás «Doctor Angélico, cuyo genio divino preparó las armas más aptas para defender la verdad en todos los tiempos y principalmente para destruir los errores de nuestro siglo.» «Doctorem angelicum cuius divinum ingenium arma elaborasset ad tuendam veritatem, multiplicesque errores hac etiam aetate profligandos perquam idonea: siquidem quae nati ad utilitatem omnium temporum, sancti Patres Doctoresque Ecclesiae tradiderunt principia sapientiae, ea nemo Thoma aptius, colligendo ex eorum scriptis, composuit, nemo luculentius illustravit.»

Pero, ¿cuál es, en definitiva, la voluntad expresa del Papa Pío X?. El Pontífice de Roma quiere que no solamente sigamos las enseñanzas y preceptos de León XIII, sino que, además, nos esforcemos en extender y propagar la doctrina tomista, con la esperanza de recoger frutos abundantes en pro de los intereses de la Iglesia: «Ut quae Decessor illustris de culto philosophiae doctrinaeque Thomisticae, constituisset, ea religiosissime servanda atque etiam in spem uberiorum fructuum provehenda curemus.» Y más aún, quiere el Papa Pío X, quiere el Padre Santo que ningún filósofo, ningún teólogo se separe del sistema y pensamiento de Santo Tomás y que todos los sabios insistan todos los días en tan grandiosa empresa de estudiar las obras y doctrina del Angélico: «Nimirum, curae habeant, a via et ratione Aquinatis nunquam discedere, in eandemque quotidie studiosius insistant.»

Y, esta orientación pontificia, ¿á quién se refiere y para quién se promulga principalmente? Abarca el Breve pontificio selecto campo; pero se alude también expresamente á todos los filósofos y centros docentes que enseñen filosofía: «Quae tamen cohortatio non ad hos tantummodo spec-

tet (Academiae Romanae), sed pertineat, uti debet, ad omnes quicumque in catholicis orbis terrarum scholis philosophiam tradunt.» Y nótese que el motivo de tan apremiante recomendación es el carácter de la lucha doctrinaria del siglo XX: «Vehementer autem universis auctores sumus: dice Pío X, ut sollicitiam laboresque suos conferant maxime ad coercendam pro virili parte commanem illam rationis fideique pestem, quae longe lateque serpit: Neorationalismum, dicimus, cuius ne perniciosos afflatus sacra praesertim juvenus vel minimum sentiat, omni ope atque opera praevidendum est.» Luego la voluntad del Papa, principalmente es obligatoria al Clero y Órdenes religiosos: «ne neorationalismus perniciosos afflatus sacra praesertim juvenus vel minimum sentiat; omni ope atque opera praevidendum est.» (Breve Apostólico de Pío X. «In praecipuis laudibus» de 23 de Enero de 1904).

Al sabio, al teólogo, al filósofo, que no se inspire en Santo Tomás, en las contiendas con la impiedad moderna le diremos: «Curris sed extra viam»; y quien no es disciplinado, amén de sucumbir en la lucha y ser arrollado por la ola revolucionaria de las ideas de su época, se aventurarse á exgrimir armas ignotas y no probadas por la experiencia y querer contrarrestar las acometidas de un sistema general y compacto con un método individualista y no de tantos quilates como el del Angélico, es enemigo declarado de la cohesión oficial de la Iglesia docente y empedernido obstruccionista á la moderna táctica de la Apología Cristiana, cuya orientación incumbe siempre, por delegación expresa de Jesucristo, por misión esencial del primado de Jurisdicción, al Jeje Supremo, al Romano Pontífice.

Seamos obedientes, que la victoria será nuestra:» Vir obediens, loquetur victoriam.»

ARTÍCULO VIII.

MÉTODO ESCOLÁSTICO-TOMISTA

Hubo tiempo, dice el P. Guillermo García Ord. Praed. (1) en que se creyó que, hasta la venida de Bacón de Verulamio y Renato Descartes, la humanidad no había logrado conocer los secretos de la verdadera y sólida filosofía.

D'Alembert opinó que Bacón había nacido en el seno de la más profunda noche. Por supuesto, así habló el célebre enciclopedista sin acordarse que aun en el seno de las ciencias experimentales, únicas que algo deben á Bacón, habían florecido antes que él, ó eran contemporáneos suyos, Copérnico, Ticho-Brahe, Vives, Paracelso, Telesio y Cardano, y sobre todo Kepler y Galileo (2)

Nada se diga del segundo, esto es, Descartes, que empezó su carrera de escritor filosófico diciendo que iba á regalar una filosofía nueva al orbe.

Tanto el inglés como el francés convenían en sostener que los filósofos de la antigüedad y los Padres de la Iglesia y los grandes maestros de la escuela muy poco conocían de la filosofía, toda vez que desconocieron las fuentes de la misma que son la observación de la naturaleza y las leyes del espíritu.

El autor de la Duda metódico-universal osó afirmar que cuanto los hombres menos se hubieran consagrado al estudio de la antigua filosofía, tanto eran más aptos para percibir la verdad (3). Esto hace recordar lo de aquel famoso preceptor de música que exigía doblado precio por enseñar á los que algo hubieran aprendido antes acerca del predicho arte.

A Descartes no le iba en zaga el autor del *Novum Organum* en sus atrevidas afirmaciones. ¡Qué humildad la de estos varones ínclitos!...

(1) Tomismo y Neo-tomismo, pag. 88, par. IX.—(2) V. González. *Hist. de la Fil. Tom 3.º*, pág. 169.—(3) *Principio Phil. Ep. praed.*

El Cardenal Conzález se maravilla y con justa causa, de la buena acogida que hallaron las doctrinas de ambos filósofos referidos. Para explicar el cual hecho, juzga debe recurrirse á las circunstancias y condiciones de aquella época; al protestantismo ó predisposición protestántica de los coetáneos; á que redujeron á sistema las nuevas y erróneas opiniones de otros, y más todavía á que sembraron los gérmenes de la filosofía anticatólica (1).

No faltaron, ciertamente, insignes defensores de la escolástica, cuando tan gran tempestad se presentó en el seno de las sociedades. Así á mediados del siglo XVII vió la pública luz el *Clypeus phil. thomist.*; en el siglo XVIII recibió también los honores de la publicidad otro *Clypeus phil. thomist.* debido á la pluma del dominico Guérinois, como el anterior se debía á la de Arna igualmente dominico, que propugnaron la escolástica en la persona de su Príncipe. A fines del mismo siglo XVIII el eruditísimo Rosselli O. P. compuso la *Suma filosófica*, escrito admirable por su riquísima y selecta doctrina y por el sano juicio en sus criticas. Revela inmensa lectura de filósofos, y teólogos y literatos y poetas y naturalistas, de toda ciencia y arte. Supo volver por los fueros de la verdad combatida.

Varios otros defensores, pertenecientes á distintas escuelas, halló el escolasticismo, el cual venció, últimamente, con la promulgación del documento leonino, con la Encíclica *Aeterni Patris*.

Justo era que el triunfo se declarase á favor de una escuela gloriosísima, ora miremos á la serie de siglos que cuenta ya de existencia, bien al número de sapientísimos doctores que la han enaltecido. Su existencia comprende una década, al menos, de siglos. El ojo del historiador descubre su origen allá en los centros docentes formados y protegidos por el gran Carlo Magno y quizá en los institutíods en los días de Casiodoro. Y aunque no haya ab-

(1) *Phil Element Tom, 3.º*: 323-24.

solita conformidad en señalar al primer doctor que merezca titularse *escolástico*, aunque no se pretenda tributar esa gloria á un Tajón, cuya obra de las *Sentencias* es «primera sistematización de la ciencia escolástica.» al decir de un erudito, y aunque nadie se acordare de un San Isidoro de Sevilla á quien ninguno de sus contemporáneos sobrepujó en sabiduría; en fin, aunque nos olvidemos así mismo del Damasceno, lo cierto es que la opinión corriente empieza la serie en Escoto Erigena (n. 810) «el hombre más notable de su siglo bajo el punto de vista científico» (1) á quien Carlos el Calvo, Rey de Francia, llamó y colocó al frente de la *schola palatina*.

Prosiguió la cadena formándose de Rábano Mauro, Enrique de Auxerre, Gerberto, San Pedro Damiano, Lanfranco: todos de la *primera época*—Roscelín, Abelardo, San Anselmo, Guillermo de Champeaux, Hugo y Ricardo de San Víctor, Juan de Salisbury, Alano de Lisle, Pedro Lombardo, Maestro de las *Sentencias*, todos de la *segunda*. — Alejandro de Alés, Guillermo de París, Raimundo Marti (otros dicen Martin), Vicente de Beauvais, Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura, Roger, Bacon, Escoto, Enrique de Gante, Egidio, Durando, Raimundo Lulio, una multitud de tomistas y escolistas y de otros varones preclaros pertenecientes á la *tercera época*—Occam, Roberto Holkot, Domingo de Flandia, Pedro de Ailly, Raimundo Sabunde, Juan Gerson, Nicolás de Cusa, Juan de Torquemada, Alfonso de Madrigal, Palude y Capreolo: concernientes á la *cuarta*—Siguen luego los que enlazaron la Edad Media con la restauración de la Escuela. A este grupo puede reducirse el citado Capreolo, Acuario, P. Soncinas, Cayetano, Javelli, Francisco Silvestre (*el Ferrariense*), Victoria y toda la florada via láctea del siglo XVI, que es bellamente continuada en el XVII hasta el celeberrimo Goudin (1695) y el Cardenal Sienz Aguirre (1699) y Juan Bautista de Benedictis (1706)—La cadena

(1) González: *Hist. de la Phil.* Tom. 2.º pág. 121.

no se interrumpió en el siglo XVIII porque entraron á formarla cual piedras de esmalte los Ligorios y Cócincas y Billuart y Losadas y Rosellis y Alvarados...

Ni en la primera mitad del siglo XIX faltó uno que otro anillo hermosísimo que lograra unir la tradición de la Escuela con sus notables restauradores de la segunda mitad (1).

Cada varón de los mencionados es por sí sólo bastante para dar nombre á una centuria. ¡Y sin embargo he recordado únicamente algunos de los principales! Cuando en despejada y límpida noche contemplamos los resplandecientes astros en uno que otro de los más brillantes fijamos atentos la vista; así hemos obrado también respecto del firmamento escolástico. Y advertimos que no todos los predichos merecen con igual propiedad ser colocados en el número de los que glorificaron la Escuela.

De la anterior consideración se collige cuán digna es la *escolástica* de veneración y respeto, ora por su antigüedad, ya por el número y grandeza de sus doctores. ¿Qué escuela fué tan gloriosa?, ¿cuál se le podrá comparar?... ¿la pérsica? ¿la china? ¿alguna otra del continente asiático? ¿acaso las que florecieron en Grecia: jónica, itálica, eleática, platónica, peripatética, estoica, pirrónica? ¿Por ventura la arábiga? ¿Quizá la del período novísimo de la filosofía?... *Abst.* Si algún elemento de aquellas escuelas se salvó, debido es á la misma Escolástica que supo extraer el verdadero oro contenido en la filosofía pagana, y en las últimas edades también sabe asimilarse cuanto de útil y laudable ha recogido la racionalista.

¿Por qué, tanto, pues, se censuró á tan esclarecidos doctores? 1.º *por su estilo bárbaro*—Mas el fin de los escolásticos fue enseñar y defender la verdad, la cual quisieron presentar al mundo exenta de flores literarias, de que tan enamorados se hallan los que gustan escribir á la violeta. Ocasiones hay en que nuestros sabios escriben con elo-

(1) V. González, *Hist. de la Phil.* Toms. 2.º, 3.º y 4.º

cuencia y elegancia sublimes, sin que nada tengan que envidiar á los *demóstenes* del Renacimiento, ni á ninguno de los cartesianos ó baconianos. A los filósofos del predicho Renacimiento llamó *calamidad* el V. Granada, es decir, el Tulio español. En el número siguiente se hablará del estilo del Angélico. Lo que allí se diga podrá extenderse, aunque en grado inferior, á las demás glorias de Escuela (1).

2.º *por haber confundido la filosofía y teología.*—La respuesta es sencilla; léase, el primer artículo siquiera de la *SUMMA THEOLOGICA* del Príncipe de la Escuela, y respaldará... la falsedad de tal acusación (2).

3.º *por que se entretuvieron en abstractas é inútiles cuestiones.*—Este es un sofisma de *SECUNDUM QUID AD SIMPLICITER*.—Lo que hay acerca del particular, podrá contemplarlo el estudioso lector en M. Cano, que lo expone con su juicio acostumbrado (3).

4.º *por haberse opuesto al progreso.*—No lo entendió así Alejandro de Humboldt, pues opinó que tres escolásticos: Alberto Magno, Rogerio Bacon y Vicente Beauvais son los tres «más ilustres entre los que prepararon la época de Colón y de Gama.» Después discurrirémos, aunque con suma brevedad, sobre la inducción, donde mejor aún se descubrirá la ligereza de este cargo.

5.º *por que siguieron ciegamente al Estagirita.*—«Esta es voz común de Luis Vives, Nizolis, Erasmo...» dice el erudito P. Urráburu (4). Que lo sostenga Vives parece más de extrañar; pero la maravilla abandonará á quien leyere la crítica que del filósofo valentino trazó la pluma justa, aunque severa, del maestro Cano en el décimo libro de los *Lugares Teológicos*, capítulo noveno. ¿Cómo le habían de seguir ciegamente al bueno de Aristóteles los escolásticos que defendían como tópico la sentencia de Santo

(1) V. sobre el renacimiento: Contestación de D. A. Pidal y Món á la carta *In dubia libertas* de M. Pelayo.—(2) Véase Urráburu *Institut. Phil.* Vol. I. n. 75 en la nota.—(3) *De Locis Theol.* Lib. VIII.—(4) Op. cit. cit.

Tomás; *locus ab auctoritate quae fundatur super rationem humanam est inferriusimus?* (1).

Difícil será encontrar proposición más repetida en los doctores de la Escuela. Con todo no fué ello suficiente para librarles de las graves censuras de sus enemigos. Entre éstos se distinguen (aproximándonos á nuestros días), Cousin, Günter, Gioberti, Rosmini, Euchen y otros.

Es cierto que fué Aristóteles preferido por la Escuela; mas también hallaron cabida en ella Platón y los otros filósofos de la antigüedad, ni de su seno fué excluída la filosofía árábica. Es la escolástica á manera de inmenso océano á donde van á parar los riachuelos de todas las filosofías particulares depurados en el color y en la calidad de sus aguas. El conceder lugar preminente al Maestro de Alejandro provino de múltiples razones: a) su método; b) la excelencia de la doctrina; c) la propiedad del estilo; d) su autoridad en la Edad Media ante los adversarios de la fe, etc.

Siendo nuestro propósito escribir sólo para jóvenes escolares, añadiremos aquí varias cuestiones:

1.ª *¿Conocieron los escolásticos el método inductivo?* Ya sabemos quiénes responden que no; les responderemos que sí por una razón concluyente. Esta razón se funda en la *causa accidental* asignada por los escolásticos al origen de la filosofía, á saber: la admiración definida por el Angélico: «especie de temor consiguiente á la aprensión de alguna cosa, que sobrepuja nuestra capacidad.» (2) Colocado el observador en presencia de un objeto cualquiera, en seguida la innata curiosidad, que el hombre tiene de la sabiduría, le induce á investigar el principio del fenómeno ó efecto maraviloso.

De esta suerte se fué paulatinamente levantando el edificio de la filosofía. Sígnese, por tanto, que los escolásticos, lejos de olvidar la observación, ó experiencia ó inducción, la proponían como escabel de la ciencia huma-

(1) 1.ª P. C. 1.ª titul. 8.ª ad 2m.—(2) 2.ª sec. C. 180 cap. 3.ª ad 1m.

na. Surgió de allí el axioma notable: lo sensible nos lleva en conocimiento de lo inteligible; y el otro: nada hay en el entendimiento que no estuviera primero en los sentidos. Tan singular importancia concedía el Príncipe de los escolásticos á los sentidos en cuanto fuentes del conocimiento, que algunos sensistas le contaban como suyo... No es de olvidar que los escolásticos opinaban ser objeto inmediato del entendimiento humano en el actual estado (es decir, mientras el alma está ligada al cuerpo mortal) la esencia oculta bajo los pliegues de la materia sensible, el universal existente en los singulares. De éste hacían derivar aquél, prescindiendo ahora de si intentaban realizarlo por el modo A ó modo B, porque en el cómo no andan siempre uniformes. En lo que sí hay uniformidad es en sostener que los mismos universales específicos, genéricos y transcendentales exigían, para su coordinación recta, diligente y esmerada comparación de unos individuos ó singulares con otros. Por tal vía construyóse el hermoso *árbol porfiriano*, que la Escuela no halló reparo en hacer suyo por verle tan conforme á las leyes inductivas: ¡testimonio claro del horror que los escolásticos profesaban á la inducción!... Hoy los buenos críticos están persuadidos de que la conocían bastante mejor que Verrino, el cual «abusando» de la inducción (sin mejorar su método, como lo han reconocido finalmente sus mismos discípulos), y sacándola también de su propia esfera, abrió paso por doquiera al positivismo filosófico con todas sus consecuencias y extravíos», ha escrito un profundo sabio (1).

¿De hecho no conocieron la inducción ó hicieron uso de ella? Por única afirmativa respuesta aconsejamos al lector que lea la *Suma Teológica* del Angélico, máxime lo concerniente al hombre y descubrirá que el Santo resolvía los problemas antropológicos, psicológicos é ideológicos en el análisis riguroso de los hechos de conciencia; esto

(1) Fonseca. *Contestación de un tomista á un filósofo del Renacimiento*.

es, discurría en virtud de la inducción.—Pero ¿qué?—se nos dirá—el método inductivo-psicológico no es debido á Descartes? Resuelta implícitamente queda en lo susodicho esta

2.^a *cuestión*. Notando el filósofo francés que á veces el error ocasiona estragos horribles revestidos de las apariencias de la verdad, sometió á minucioso análisis las fuentes del conocimiento humano. Por un momento quiso dudar de todo; cerró sus ojos al mundo externo, se reconcentró en las íntimas solitarias moradas del alma, y, por último, halló que de toda clase de verdad le era posible dudar, excepción hecha del *sujeto pensante*. Formuló, á consecuencia de esto, su ruidoso principio: *cogito, ergo sum*, que presentó á manera de simple hecho de conciencia.

Pasando en el silencio lo que haya de cierto ó incierto en el principio anterior atribuido á Descartes, se pregunta: *¿le ignoraban los escolásticos?* ¿Cómo habían de ignorarlo sí, al decir de Ritter (que no era parco en elogiar á Descartes), «jamás había caído en olvido» desde San Agustín! ¡si Santo Tomás le formula también por el estilo de Descartes, aunque sus palabras están (y es la única diferencia) en la tercera persona del presente de indicativo! ¡si lo mismo han realizado, en unos términos ú otros, los maestros de la escuela! Lo que hizo Descartes fué plagiar á los grandes doctores (en este y en otros puntos) pagándoles con ingratitudes—Véanse las obras de los escolásticos.

3.^a *¿Cómo proponían los problemas nuestros profundos maestros?*

Solían comenzar en forma dubitativa. Esta «fué costumbre de Aristóteles», escribe Santo Tomás (1). Propuesta la cuestión, se concedía la palabra al adversario que exponía sus más fuertes argumentos, luego empezaba á discurrir el escolástico oponiendo á las predichas argumentaciones una poderosa autoridad tomada de la Biblia, de los Concilios, de un Santo Padre, de un gran doctor,

(1) *In Metaph.* Lib. III.

de un filósofo ó poeta, ó literato esclarecido, conforme exigencias de la materia. Seguían los prenotandos conducentes á dilucidar el problema, se resolvía éste, y se respondía, por fin, á las dificultades del contrincante.

La *Suma Teológica* está por completo sometida á método tan riguroso, y en frase de Rosselli, «es tenido como autor de él» nuestro Angélico Preceptor (1).

Semejante manera de establecer y resolver los problemas es como *innata al entendimiento*, afirmó Cócina, y en el fondo es idéntica á la que resplandece en las oraciones de Cicerón y Demóstenes y de todos los Retóricos (2). La distinción se encuentra en la mera forma literaria, la cual los escolásticos descuidaron por atender á lo esencial. Emplearon el silogismo á fin de reducir á círculo estrecho á los enemigos de la fe católica, que, á modo de *camaleón*, se trasfiguraban en medio de la brillantez literaria.

Pío IX y León XIII tributaron justas alabanzas á los procedimientos de la Escuela, á quien aplicaremos las palabras que San Agustín profirió refiriéndose á la Iglesia: *pugnari quidem potest, expugnari vero non potest.*

ARTÍCULO IX

ESTILO DE SANTO TOMÁS

Porque algunos han hablado mal y con irreverencia del estilo de Santo Tomás, conviene resolver cuál es la naturaleza de su locución y estilo. Concederemos la palabra á sabios de reconocida autoridad.

Cayetano: «Tal es la pureza de su estilo, que si algo añadieses sobra, si algo quitares languidece» (2) En lo cual resplandece la precisión y medida de los vocablos.

«El lenguaje formal de nuestro Doctor encierra gran altura de sentido» (3). Aquí brilla la profundidad, y el orden.

(1) *Suma III. Tom. I.º CXXXIII. Artic. I.º*

(2) *De Jure naturae et gentium*, cap. VII. núm. III.

(3) *Praef. in Exposit. 1.º P.*

Balmes: Por ser tan acertado, preciso, concienzudo, dijo que el Angélico pesaba las palabras como *metal precioso*.

Lacordaire: Su estilo «hace ver la verdad en sus mayores profundidades como se ven los peces en los fondos de los lagos límpidos, como se ven las estrellas en un cielo puro y trasparente. Santo Tomás de Aquino ha escuchado la voz de la verdad en todas sus esferas, desde el murmurio que produce en el átomo hasta la armonía que hace caer de los labios de Dios; y pacífico poseedor de ese concierto lo ha repetido á nuestro oído con un poder digno de nuestra alma, del universo, de Dios mismo.» (4)

Padre Norberto del Prado: «El estilo de Santo Tomás es el estilo de la ciencia, limpio y trasparente como el cielo sin nubes, sublime y majestuoso como el mar en calma, variado y placentero en medio de la monotonía como los resplandores de la luz, como la armonía de la verdad.

Rey de los sabios habla sólo á la inteligencia, y lo que dice lo graba, y lo que graba nadie es capaz de borrarlo. Los artículos de Santo Tomás son como los versos del Dante, inimitables, y el plan de sus cuestiones trazadas con un compás de oro se refleja en los magníficos cantos del poeta florentino. Los que han formado su gusto literario con la lectura de los clásicos latinos no encuentran encanto en ese estilo, cuando por vez primera se consagran al estudio de las obras del Doctor Angélico. Resonando todavía en sus oídos los armoniosos versos de Virgilio los majestuosos y rotundos períodos de Cicerón, la lectura de Santo Tomás se les hace pesada y enojosa; su estilo lo hallan frío, árido y desabrido: aquellas páginas carecen para ellos de interés y de atractivos y allí no descubren ni rastro de cultura y belleza. Mas, si vencida esta primera repugnancia, prosiguen leyendo y estudiando, poco á poco sienten su espíritu suavemente aficionado á su lectura y estudio y acaban por enamorarse de aquella sobriedad, moderación y templanza siempre

(4) Panegírico de Santo Tomás.

admirables, y de aquella naturalidad, llaneza y precisión científica siempre iguales. Y continuando después el estudio y la lectura se descubre tal grandeza y profundidad de pensamiento que hace echar en completo olvido la galanura de la frase; y la aridez y austeridad de la expresión desaparece ante los riquísimos é inagotables tesoros de verdad allí encontrados, y cuando el espíritu ha penetrado hasta el fondo de las importantes y trascendentales cuestiones comprende que la verdad es *á veces más hermosa cuando muestra su rostro sin adornos ni aderezos literarios.*» (1)

ARTÍCULO X

DE LA TEOLOGÍA DOGMÁTICA

Escribe el P. Sacrest, Ord. Praed.:

Por mucho que se diga que hoy las ciencias filosóficas tienen mayor interés, no se entiende cómo en la inteligencia y corazón del eclesiástico pueda dejar de tener lugar principal y preferente la sagrada Teología, tan digna, tan levantada, tan propia, tan necesaria para el aprovechamiento propio, para el conocimiento de nuestra santa fe y para el aprovechamiento del pueblo cristiano. El pueblo cristiano tiene, digámoslo así, hambre de teología, según es la atención que suele prestar cuando se le habla teológicamente. Hay que estudiar, pues, teología que nos instruirá en los misterios de nuestra santa fe, que nos enardecerá en la caridad de Dios, cien veces revelada en los misterios sacrosantos, y nos pondrá en caso de hablar digna y religiosamente.

Hay Teología natural y Teología sobrenatural ó revelada. Llámase Teología natural ó Teodicea la que trata del conocimiento de Dios y sus atributos en cuanto se adquiere por las luces de la razón, por la revelación de los sentidos ó del mundo sensible, según aquellas palabras de

(1) *Estilo de Santo Tomás.*

San Pablo: «Las cosas invisibles de Dios entiéndense por las visibles que son hechas» (1). Así el mar revela su inmensidad, las estrellas su resplandor, los ríos su largueza, las flores su hermosura y las montañas su omnipotencia. La hormiga que provee sus graneros y el ave madre que cuida sus polluelos enseñan la providencia del Señor.

Sin embargo, el mismo San Pablo en su primera carta á los Corintios parece amonestarnos de la deficiencia de tal Teología cuando dice: «Así como lo que es del hombre no puede ser conocido sino por el espíritu del hombre, así lo que es de Dios no se conoce sino por el espíritu de Dios» (2). Dáscenos en esto á entender algo superior á la luz natural de la razón, del espíritu del hombre, cual es la fe, el espíritu de Dios revelado á los Padres por sus profetas y novísimamente por su propio Hijo hecho carne. Los espantables errores en que cayó el linaje humano en el proceso de la historia sobre el conocimiento de Dios, las múltiples preocupaciones en que se agita la vida con todas las flaquezas de enfermedad, ignorancia y malicia de la tierra, prueban en demasía la flaqueza de la inteligencia humana abandonada á sus propias fuerzas, y justifican, por manera soberana, la necesidad de la Teología ó revelación sobrenatural. Con frase sintética y de remembranza eterna lo ha consignado Santo Tomás en su *Suma contra Gentiles*, Lib. 1.^o, Cap. 4. por estas palabras: «Necesario es, moralmente hablando, que sea revelado lo que de otra suerte no puede ser conocido, sino de pocos y después de mucho tiempo y con mezcla de muchos errores» (3).

De esta suerte la Teología suple las deficiencias de la razón, y eleva todos los conocimientos naturales, además de los grandes bienes que nos trae con la revelación de las verdades superiores.

Diez artículos pone Santo Tomás (4) para magnificar la

(1) *Ad Rom.*, 5, 20.—(2) *Ad Cor.*, 2, 11.—(3) *Quod non nisi a paucis, post longum tempus et cum admitionibus multorum errorum.*—(4) 1.^a Part., *Quest.* 1.^a

ciencia teológica, la sabiduría de Dios. En el artículo segundo demuestra qué es ciencia, diciendo que hay dos géneros de ciencia: unas que proceden por principios conocidos por la luz natural de la razón, como la Aritmética y Geometría; y otras que proceden por principios conocidos con el auxilio de ciencia superior, como la Óptica, que procede según principios habidos de la Geometría, y la Música, que procede por principios habidos de las Matemáticas.—Que así la ciencia sagrada procede por principios habidos de ciencia superior, cual es la ciencia de Dios y de los bienaventurados. Por donde á la manera que el músico cree en los principios de otra ciencia recibidos, también la ciencia sagrada cree en los principios de Dios revelados.

Y esta ciencia, según el Santo Doctor, es la más digna de todas las ciencias, según aquello de los proverbios: *Missit ancillas suas vocare ad arcem*. Que es decir, que á la sagrada Teología han de servir todas las demás ciencias y artes así especulativas como prácticas, así sagradas como profanas, no de otra manera que alrededor de la señora andan todas las siervas ó esclavas. Lo cual se comprende bien si se atiende á la certidumbre de sus principios habidos de la razón de Dios que no puede ser engañada, como puede serlo la del hombre, bien á la dignidad del objeto que está por encima de la razón del hombre; por donde también su fin es el más supremo que puede ser, y así, somete á su dirección los objetos de todas las ciencias.

Ella es el conocimiento de las cosas divinas por causas altísimas, cual es la lumbre de la revelación que no va por las criaturas, como los filósofos, sino por el mismo Dios, que se nos da á conocer. Así la Teología, cual augusta reina, ha de ordenar y purgar las demás ciencias mereciendo por tal motivo el nombre de sabiduría, no de otra suerte que San Pablo apellida sabio al arquitecto que dirige y dispone el edificio según aquello: «Como sabio archi-

tecto puse los cimientos» (1). Así dice el Dentoronomio: «Esta es nuestra sabiduría y entendimiento delante de los pueblos» (2).

Por cualquier manera, pues, que se la considere es la sagrada Teología para el eclesiástico importantísima. Es el eclesiástico el sacerdote de Dios, el varón de Dios por excelencia, y por ende, si la Teología es la ciencia de Dios, viene á serle al sacerdote ciencia propia, característica. Lo que es al abogado el derecho y al médico la medicina es al sacerdote el conocimiento de la Teología. Por tal ciencia entiende el alcance de las enseñanzas de la fe en los misterios de Dios y penetra con pie firme en la contemplación de las verdades sacrosantas, comprende los inefables pensamientos que el Señor tiene sobre los hijos de los hombres y las leyes admirables de su Providencia. Penetra los arcanos del ser divino y contempla las perfecciones del Señor, las cuales le mueven en su admiración y en su amor.

Pues ya como profeta y ministro del Señor puede con la Teología anunciar al pueblo los dogmas de la Iglesia santa, sin los peligros que la ignorancia y temeridad traen consigo. Instruido el sacerdote en la Teología, lleva como pastor las ovejas de Cristo por veredas seguras y por pastos abundosos de sana doctrina; y luego, como guardia de Israel, da la voz de alerta si lobos rapaces pretenden asaltar el rebaño de Cristo.

Indicio manifiesto de semejante verdad son los horrores que los herejes han dicho de la Teología católica. Nadie olvidará aquella frase gravísima con que el más astuto de los sectarios sintetizó todo el horror que le causaba la Teología, diciendo del Príncipe de los Teólogos: *Tolle Thomam et discipulo Ecclesiam*. Y gracias á la Teología, que en España, por manera brillantísima florecía en el siglo XVI, pudo la Iglesia española resistir á los numerosos y

(1) 1.º Cor 3.—(2) Deut. 4.

temibles combates de luteranos, calvinistas y demás sectarios de la Reforma.

Hay más. ¿Hubo en España días más felices que aquellos en que la Teología era muy estudiada? ¿Quién no recuerda con encanto y veneración los días de Soto, Victoria y Melchor Cano, de Suárez y de Vázquez? Así fueron entonces los teólogos verdadero baluarte contra la irrupción de los herejes protestantes, conservando al pueblo en la fe de Dios. Quizás, y sin quizás, es hoy mayor el peligro que corremos de ver bastardeada nuestra fe, merced al cinismo y atrevimiento de nuestros enemigos y el descuido de algunos en estudiar la Sagrada Teología.

ARTÍCULO XI.

¿QUÉ MÉTODO SE HA DE SEGUIR EN EL ESTUDIO DE LA TEOLOGÍA?

«La Teología, dice León XIII (1), es la ciencia de las cosas de la fe. La cual se alimenta, —nos dice el Papa Sixto V,—en fuentes que jamás se agotan.

«Llamada positiva y especulativa, ó escolástica, según el método que para estudiarla se emplea, la Teología *no se limita á proponer las verdades que se han de creer, sino que escudriña su fondo íntimo, muestra sus relaciones con la razón humana, y ayudada de los recursos que le suministró la verdadera filosofía, las explica, las desenvuelve y las adapta exactamente á todas las necesidades de la defensa y propagación de la fe.* A semejanza de Belesael, á quien el Señor había dado su espíritu de sabiduría, de inteligencia y de ciencia, confiándole la misión de edificar su Templo, el teólogo «talla las piedras preciosas de los divinos dogmas, las acomoda con arte, y merced al marco en que las coloca, hace resaltar su brillantez, su atractivo y su belleza». (2)

«Con razón, pues, el mismo Sixto V. llama á esta Teología

(1) Encíclica á los obispos de Francia, 8 de Septiembre de 1879.

(2) S. Vinc. Sir. Commonit. C. H.

(hablando especialmente aquí de la Teología escolástica) un don del cielo, y pide que se la mantenga en las escuelas y sea cultivada con grande ardor, como cosa la más fructífera (1) para la Iglesia.

«Será necesario añadir que el libro por excelencia en que podrán los alumnos estudiar con mayor provecho la Teología escolástica es la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino. Nos queremos, por lo tanto, que los profesores cuiden de explicar su método á todos sus discípulos, así como los principales artículos relativos á la fe católica.» (León XIII en su Encíclica á los Prelados y Clero de Francia, sobre la educación de los clérigos en los seminarios).

Véase, además, la Encíclica «Aeterni Patris», dirigida por León XIII, en 4 de Agosto de 1879, á todos los Obispos del Orbe Católico, en que se recomienda la doctrina y método de Santo Tomás; y además, los Breves de León XIII á los padres Franciscanos y Jesuitas.

II.

TEOLOGÍA Y CIENCIAS NATURALES, SEGÚN HETTINGER EN SU «TIMOTEO».

San Agustín y las ciencias naturales.—No existe oposición entre la teología y las ciencias naturales.—Puntos de contacto entre una y otras.—Conocimiento de las últimas causas.—Las ciencias naturales según Aristóteles y la escolástica.—Ciencias naturales y cultura intelectual.

Con la sencillez propia de tus años, me preguntas en tu última carta, mi caro amigo, ¿á qué fin conduce el estudio de las ciencias naturales? Y me es tanto más agradable contestarte cuanto que el asunto merece ser tratado con reflexión y detenimiento. Y en efecto, si en todo tiempo ha sido de gran importancia este estudio, como poderoso auxiliar para el progreso de la ciencia teológica, hoy es de una importancia trascendental, que según todas las

(1) Citada Const. Apost.